

La cerámica un arte popular en peligro

La cerámica nace con el asentamiento del hombre. Es uno de los primeros utensilios de uso, no de trabajo, que produce el hombre que abandona el nomadismo, la caza y la pesca para dedicarse a la agricultura, construir casas y crear la primera noción de sociedad. La cerámica surge en el Neolítico, hecha con las manos a partir de un montón de arcilla, pero ya entre el 3.000 y el 3.500 a. de C. aparece en Mesopotamia el torno de alfarero, con todas sus posibilidades técnicas.

Desde siempre, la alfarería va ligada a las formas de conviven-

y colores. La presencia en la Península de árabes y romanos proporcionó nuevos métodos de cocción, otras maneras decorativas y una pluralidad de colorido y vidriado.

Todavía hoy es posible encontrar ejemplos vivos de cerámica perteneciente a épocas distintas, desde la alfarería del Neolítico, pasando por la mozárabe, hasta llegar a los primeros ejemplos de cerámica industrializada del siglo XVIII. Todos ellos tienen en común que han resistido el paso del tiempo y a la aparición de otros materiales y objetos de uso,

pero a distinguir tres grandes grupos de la cerámica hispana. El primero es el del barro, de técnicas y formas antiquísimas, supervivientes en ocasiones del Neolítico. Buen ejemplo lo da Canarias, en donde la alfarería de La Gomera, Tenerife y, en menor medida, Las Palmas conserva una técnica manual, sin torno, y una elección de tierras, desengrasantes, almagres y métodos de cocción muy parecidos a los primitivos cuencos y jarras hallados en las excavaciones. También en Calanda (Aragón) se trabaja sin torno, con tierras de un rojo más sucio que

las cacharrerías peninsulares; el Noroeste, con diferencias marcadas según las regiones, y que tiene como centros más importantes a Buño (La Coruña), Mondoñedo y Bonxe (Lugo), Niñodagua (Orense), Jiménez de Jamuz (León), Moberos y Bermillo de Sayago (Zamora), Arrabal del Portillo y Alaejos (Valladolid) y la ribera del Tormes; en tercer lugar, como antes decíamos, las Canarias: Atalaya de Santa Brígida (Las Palmas), La Victoria de Acentejo (Tenerife), La Gomera (muy importante y primitiva) y, en menor



De izquierda a derecha: jarra vidriada de Arrabal del Portillo; cántara sin vidriar, Alaejos (ambas de Valladolid). Jarra y asador de castañas (Atalaya de Santa Cerámica negra, sin vidriar, de llamas del Mouro (Asturias) y Verdú (Lérida).

cia; su uso, su forma, su colorido, su decoración están directamente vinculados al estadio de desarrollo de una sociedad y son un dato demostrativo de su nivel cultural. En los objetos cerámicos, el artesano de todas las épocas ha dejado muestras de un arte masivo y popular, producto de astucias y tradiciones.

España, país mediterráneo, solar de viejas culturas, ha sido desde siempre tierra de alfareros. La cerámica se ha mantenido y desarrollado con los siglos, con una esplendorosa variedad de formas

pero sobre todo a que responden a un mismo impulso anónimo de artesano que, recogiendo tradiciones de siglos, vuelca su conocimiento técnico y artístico en la fabricación de estos objetos.

Del barro al policromado

En los cuatro años últimos he tenido ocasión de viajar por el país y conocer las fuentes alfareras que todavía resisten el empuje de los tiempos. Sin ser en absoluto un especialista, me atre-

vo a distinguir tres grandes grupos de la cerámica hispana. El primero es el del barro, de técnicas y formas antiquísimas, supervivientes en ocasiones del Neolítico. Buen ejemplo lo da Canarias, en donde la alfarería de La Gomera, Tenerife y, en menor medida, Las Palmas conserva una técnica manual, sin torno, y una elección de tierras, desengrasantes, almagres y métodos de cocción muy parecidos a los primitivos cuencos y jarras hallados en las excavaciones. También en Calanda (Aragón) se trabaja sin torno, con tierras de un rojo más sucio que

el canario, pero igualmente sin vidriar. De barro vidriado son la cerámica gallega (adornada con motivos geométricos, a veces coloreados) la leonesa y la extremeña. Con tierras doradas se moldea en Moberos (Zamora), blancas son las de La Rambla (Córdoba), y negras, por la cocción y la leña, las asturianas de Llamas del Mouro.

cantidad, Fuerteventura y Lanzarote.

En la actualidad, los centros más activos de la cerámica de barro cocido son: Extremadura, con sus ollas y botijos de barro rojo intenso, comunes en casi todas las provincias de Zaragoza y Teruel (Campo de Cariñena y Tierra Baja) hace apenas unos años, no quedan sino dos o tres trabajando de tiempo en tiempo. Calanda, Villafeliche y María de Huerva son los únicos en activo.

J. A. Hormigón

Segundo: la cerámica vidriada y coloreada en diversos tonos combinados tiene una ascendencia medieval. Su raíz hay que buscarla en la evolución de la técnica alfarera y el cambio de la noción ornamental al contacto con la civilización árabe. Para mí, hay dos zonas que tienen esta raíz medieval: la de Teruel, con su cromatismo verdiblanco y sus motivos geométricos o antropológicos, y la amplia cuenca del Guadalquivir en su curso medio: Granada, con sus espléndidas coloraciones en verde, azul y blanco, y Andújar, Bailén y Ubeda (Jaén).



rigida, Las Palmas de Gran Canaria).

Tercero: en el siglo XVIII, durante el período de afanes civilizadores e ilustrados de Carlos III, la cerámica sufre un primer impulso concentrador. De este momento arrancan Talavera y Puente del Arzobispo (Toledo), Sargadelos (La Coruña) y La Cartuja de Sevilla, estas dos últimas, a mi modo de ver, netamente industrializadas, invención típica del siglo, adaptadas al gusto dominante.

En este esquema general quedan fuera otros centros aislados de gran interés. No hemos hablado de Cuerva (Toledo) o Verdú

(Lérida), que trabajan el barro con gran maestría; de los vidriados cromáticos de La Roda (Albacete) y Nijar (Almería), etcétera, etcétera.

Peligro de no existir

Esta enumeración, rápida y forzosamente esquemática, de viajero y no de especialista, no es sino testimonio visual de lo que fue y, en parte, es la riqueza de la cerámica popular española. Cerámica que se define, repetimos, por

su naturaleza de objeto de uso y su carácter artesanal y múltiple. La belleza del objeto es una consecuencia y no una meta que el alcarrer de todas las épocas se traza. Sus botijos y cántaros deben hacer agua fresca; sus ollas, cocer bien sin rajarse: esa es su auténtica finalidad.

Pues bien, todo este rico conjunto de arte popular está en vías de desaparición. El alfarero, artesano por excelencia, ha llegado hasta hoy a través de una cadena de eslabones cerrados. Su técnica, su conocimiento de tierras y co-

lores, ha pasado de padres a hijos; lo aprendió correteando entre los objetos, sacando hornadas. Hoy, los viejos alfareros que no han mecanizado su labor para hacer tejas, macetas o inefables jarrones del peor mal gusto pequeño burgués, consumen sus días y se van retirando sin que nadie los suceda. Sus hijos han intuido que en las condiciones actuales es mejor trabajar en una fábrica o emigrar a Alemania.

En La Victoria de Acentejo (Tenerife) saqué hace un año los últimos bernegales que moldeara



Cuatro momentos del trabajo de un alfarero. (Jiménez de Jamuz, León.)

La cerámica un arte popular en peligro

Adela Hernández. Había pasado de los sesenta y cinco años, y ya no puede entrar en el horno como antes; sus hijas no quieren saber nada del barro. En Bonxe (Lugo) sólo queda Manuel López Lambao; cuando desaparezca, puede perderse una cerámica bellísima, quizá la más hermosa de Galicia. En Calanda y Navarrete ocurre lo mismo. ¿Qué va a ser de la alfarería zamorana, la de Tierra de Campos, la de la cuenca del Jamuz, cuando sus tornos giren más y nadie venga a sustituir a los viejos artifices?

La razón fundamental de esta muerte lenta, cuyas premoniciones presenciamos hoy, hay que buscarla en las contradicciones entre la forma de producir el alfarero y el modo de producción dominante en el país.

El alfarero pertenece a un tipo de sociedad no desarrollada técnicamente y que desconoce la producción en serie. Una sociedad en que el intercambio se establece de forma directa entre productor y consumidor, y no se conoce la expansión y comercialización del producto fuera de las áreas en que se produce. La supervivencia de algunas de estas circunstancias de naturaleza feudal en la sociedad española del siglo XX, ha permitido el mantenimiento de una cerámica popular, a costa, claro está, de supervivencias paralelas, miseria y subdesarrollo, típicas igualmente del feudalismo.

Las formas productivas capitalistas, su noción de rendimiento y valor de la mercancía son incom-

patibles con la alfarería popular española de forma sustancial. En la mentalidad capitalista, la cerámica de uso es una antigualla medieval. Sólo aquellas piezas exclusivas o raras que puedan sufrir una progresiva especulación en el mercado de antigüedades interesan. Es decir, se aprecia el objeto convertido en mercancía y por el valor exclusivo que se deriva de esta noción.

Es fácil comprender que los artesanos del barro, la madera, el esparto, etcétera, no tengan sitio en este carro voraz. El progreso no puede competir con la fabricación de utensilios en serie y responder a las necesidades de un mercado en expansión.

En tanto que consideremos la cerámica popular como mercancía —antigüedad o utensilio—, es imposible hallarle un sitio en el mundo de hoy. Puede existir la cerámica de pieza única, firmada y homologada en el mercado especulativo de obras de arte, pero no la producción artesanal de objetos de uso a que nos referimos. La única solución posible es rechazar el concepto de mercancía y sus nociones de rentabilidad y valor, para considerar la alfarería como un bien de cultura. Dando a esta palabra su significado genuino, pues aquí y ahora, bienes de cultura como el libro, el cine o el teatro no superan su carácter social de mercancía ni su dinámica de mercado libre.

Nacionalizar la alfarería

A esta situación de crisis no se le ha puesto ningún remedio. Alguna Diputación protege ciertos hornos (la de Zaragoza, con Muel), pero en tanto que son una reinvencción, no una herencia con-

servada. Y sin embargo, todavía hoy es tiempo, y en la Península y las islas existe un rico repertorio de técnicas, de piezas y suficiente número de alfareros.

Hace pocas semanas pude contemplar en el Museo Provincial de La Coruña una exposición bastante insólita. A través de tres años de búsquedas por toda Galicia, Guadalupe González-Hontoria había recogido los objetos más representativos de la artesanía popular de uso cotidiano. Es decir, las piezas se valoraban por su significado como objetos útiles, rechazándose su aspecto museográfico. La muestra, de interés indudable, era el compendio del trabajo sobre barro, madera, esparto, mimbre y otras formas de cestería, cera, azabache, hojalata y plata que actualmente se producen.

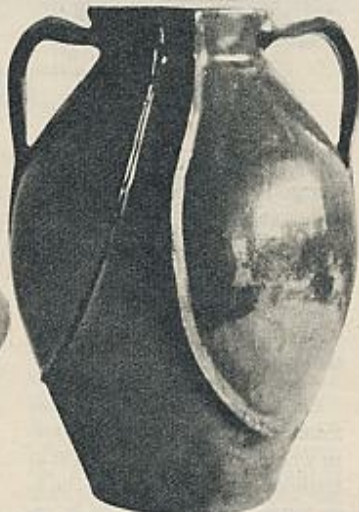
En la disyuntiva en que nos encontramos, yo dudo mucho que la dinámica del consumo resuelva los problemas. Es cierto que en las ciudades industriales, ciertos sectores adquieran objetos de cerámica popular, casi siempre con valor decorativo y en algunas ocasiones utilitario. Esto no va a solucionar nada. Ni siquiera el que los grandes sectores populares, víctimas del plástico, volvieran sus ojos hacia las manufacturas artesanas. La venta o elevación del precio de las piezas, como en otras áreas de la economía agraria, no revierte en estos momentos en el productor, sino en el especulador intermediario. La única forma de superar este pro-

blema es eliminar el concepto mercancía e implantar el de valor cultural. Esto no puede llevarlo a cabo ninguna empresa privada: es una obra social que precisa de la iniciativa pública.

La única solución real consiste en nacionalizar la artesanía alfarera en el sentido de dotar a los artesanos de un salario justo y unas seguridades laborales y sociales en el terreno de la sanidad, vacaciones etcétera. El alfarero, por su parte, se comprometería a la entrega de unas cantidades de piezas, que el Estado comercializaría o exportaría, quedando el resto de su producción en su poder para comercializarla a través de cooperativas o de forma directa e individual. De este modo se asegura el presente y porvenir de estos trabajadores, respetando la flexibilidad productiva e iniciativa personal del artesano.

Por supuesto, todo esto no pasa de ser una constatación y un manejo de sugerencias respecto a una cuestión que pienso debe preocuparnos en el presente: salvar nuestras formas de arte popular.

El capitalismo es incompatible con el artesano alfarero. El socialismo permite su subsistencia, en tanto que es el único que puede convertirlo en productor de bienes de cultura y liberarlo del cortejo de originales servidumbres feudales. El pronóstico, hoy por hoy, es muy grave: nuestra cerámica popular agoniza. ■ J. A. H.



De izquierda a derecha: Aceltera en barro oscuro vidriado de Codos (Zaragoza). Bernegal de color rojo, sin vidriar, moldeado sin torno (La Victoria de Acentejo, Tenerife). «Cazuela mondonguera», de la provincia de Huesca. Cántaro, de tierras doradas, sin vidriar (Moberos, Zamora).